

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.
Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.
Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

	Un mes.	8 rs.
En Madrid. . . .	Tres.	23 »
	Seis.	44 »
	Un año.	82 »
En provincias. .	Un mes.	10 »
	Tres.	27 »
	Seis.	52 »
Ultramar y extranjero.	Un año.	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Falsedad, por doña Rogelia Leon.—*El curso del Sol*, poesía, por doña Faustina Saez de Melgar.—Estudios morales y políticos, II: *La Familia*, por D. Leandro A. Herrero.—*Un niño*, poesía, por D. Adolfo Llanos y Alcaráz.—Galería de Artistas célebres, I: *Phidias*.—*En el álbum de Angela*, poesía, por A. Alcalde Valladares.—*El Pequeño Narciso*, cuento americano.—Historia natural.—Explicacion de la plancha de confeccion.—Variedades.
Pliego quinto de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

LA FALSEDAD.

¿Qué es una persona falsa?
El retrato de la maldad mas reconcentrada.
¿Qué tráfico es el suyo?
La venta continua de los secretos y las ajenas honras.
¿Y qué crimen es ese?
El más premeditado y cruel de todos los crímenes,

Porque el delito sin esposicion, suele ser el de las más horribles consecuencias. Suele traernos la amargura para toda la vida, sin poder señalar el reo, ni demandar los tribunales para castigarle.

La criatura falsa es una semilla ponzoñosa, que se esparce en medio de un campo de violetas inocentes para que profanen su pureza y agosten su lozanía.

La criatura falsa es una serpiente boa, que atrae suavemente las víctimas para saciar su voraz apetito.

Es un tigre cauteloso, que busca las vueltas al descuidado caminante para sorprender y devorarle en seguida.

Es la feroz pantera que nos seduce con su hermosa piel, y nos destrona con su garra mortífera.

Es un conjunto de criatura y fiera, que en vano trataríamos de analizar.

Es un abismo sin fin, donde va arrojando víctimas, por el solo placer de hacer daño; pues tanto ceba su maldad en el amigo como en el enemigo, en el inocente como en el culpable, y, sin embargo, la falsedad es bella y amable como una niña de cinco años. Su antifaz es hermoso, encantador.

Tiene una sonrisa hechicera, y una suavidad en los rosados labios, que parece despiden de continuo besos deliciosos y aroma de azucenas.

Baja los ojos siempre, imitando con mucha perfección la modestia.

La hallais solícita, esmerada, con vuestros menores deseos.

Jamás os contradice ni os replica.

Parece interesarse, tanto en vuestros infortunios, que pone el rostro compungido y lloroso, apenas cree que teneis gana de llorar.

Busca la amistad de todo el mundo, y servicial y afable como una esclava, se introduce suavemente hasta en los rincones más ignorados del corazón, para sacar de él lo que puede servir á sus perversas miras.

Demuestra confiaros todos sus secretos, para que le confiéis los vuestros, y venderos con más facilidad.

Mientras le referis vuestros males, su cabeza está maquinando el modo de deciros á la persona de quien más quisiérais ocultarlos.

Vende sin tanto por ciento, sin percibir intereses por ello, ni otra garantía que el goce que le reporta á su falso y engañoso instinto.

Es una mala pasión como otra cualquiera; pero de mayores consecuencias que ninguna.

Desune los más íntimos afectos. Lo mismo se ceba en el fraternal que en el amoroso, gozando más en este último; porque son las reyertas de mayor duración, ó acaso no concluyen nunca.

Sabe hacer que los hijos desobedezcan á los padres, que los esposos sean infieles, que el amigo sacrifique la amistad, y que nadie á su alrededor disfrute la paz doméstica.

El día más desgraciado para una criatura es aquel en que, sin saberlo, deja que se le aproxime una persona falsa.

Conquistará su corazón en dos minutos, garantía que no disfruta la honradez, y sabrá seducirle y encadenarlo de tal modo, que, cuando quiera romper tan fatales lazos, se encontrará con grillos de hierro y cárcel sin puertas por donde salir.

Aun cuando logre escapar, ¿qué le resta? Ha sido vendido cruelmente. La sociedad ha comprado sus secretos y confianzas. Ya nadie ignora su pasado ni su presente. Se ríen y le escarnecen por el hecho más sencillo, que la falsedad ha hecho grande y ridículo al referirlo al mundo.

Ha tornado en un mar de lágrimas la vida que se deslizaba serena y tranquila, como el arroyo que serpentea defendido por corpulentos álamos.

Ha perdido el reposo, como el ave que vuelve á su verde gruta, y no encuentra el nido, que guardaba como un inmenso tesoro.

La falsedad, entonces, huye del asilo que ha profanado y cantó victoria á lo lejos, devorando con placer la desesperación de sus víctimas.

Entonces es descarada y terrible, esconde la sonrisa de ángel para enseñarnos su temible boca de pantera.

Sus formas aéreas y apacibles toman una deformidad que espanta. Os estremeceis, la queréis huir; pero en vano, os ha envuelto en su lava perniciosa; y ya le perteneceis, como la esclava del harem al despótico Bajá que la compra.

Y todo ¿por qué? por no estudiar detenidamente los amigos que eligió, antes de darles tan sagrado título.

Por no poner á prueba la legalidad, antes de entregarles el tesoro del alma.

Cuando prestais una cantidad, ¿no procurais asegurar antes si os será devuelta?

¿Si cedéis una alhaja ó un mueble de vuestra casa, no es porque os convenceis antes de que la persona á quien la dais ha de tenerla por un tiempo limitado, devolviéndola sin menoscabo alguno?

Pues ¿por qué más cuidado con lo que, perdido, puede comprarse mañana, que con lo que si una vez se pierde no se recobra jamás?

Porque la honra, el buen nombre, y la tranquilidad de la vida valen más que todos los tesoros imaginables, y de seguro los perdeis el día que deis con un amigo falso.

Con vosotras, ¡oh mujeres! que tan fáciles sois para revelar secretos, se ceba la falsedad como la oruga en los trigos.

Arrasa el campo de vuestros placeres: enturbia el sol de vuestras alegrías, y estiende manchas en vuestra pura frente, con tinta que nunca desaparece.

Asistís á un baile, vais á un día de campo, á una reunión cualquiera.

Allí os sonríen muchas amigas: todas ellas os dicen que vuestro traje revela el mayor gusto, que sois hermosa, que inspiráis grandes simpatías.... Y, entre tanto, vuelven la cara para sonreír maliciosamente, diciendo lo contrario de lo que habeis oído.

entre ellas hay corazones generosos que reprochan esta impia conducta; pero callan, porque temen á los que se burlan de vos, é inclinan la cabeza, acatando lo que reprochan sus almas generosas.

La más falsa de aquel círculo suele ser la que os dá el brazo primero para que paseis con ella.

Os mira de continuo para sorprender á dónde dirigis las miradas. Pronto adivina por quién suspirais y quién suspira por vosotras; y aunque este afecto sea un sagrado, que nadie deba penetrar, á las pocas horas pulula por los salones como el gas de las luces que le iluminan.

Nadie sabe de dónde ha salido aquel tiro, que quizás hiera de muerte dos corazones, ó haga infelices terceras personas, que dormían tranquilas y venturosas.

¿Qué le importa esto á la falsedad? Ella ha reído, ha gozado, se ha retirado del baile satisfecha de su sagacidad y destreza.

Sin sentirlo, ha puesto un cristal en vuestro corazón, donde todos leen sentimientos que á vos propia querriais ocultaros.

Los inocentes ojos han revelado lo que callaba la palabra.

Todos han sido confesores vuestros.

Ya nadie ignora lo que sentís, escepto vos que nada penetráis de aquella tormenta que os amenaza.

La amiga improvisada cuida de distraeros, entre tanto que desmayada en las alfombras vuestra honra, bailan sobre ella las alegres parejas que á su vez serán vendidas, apenas la falsedad las juzgue felices.

Porque esta nunca perdona la dicha ajena.

Observa desde un rincón, como la onza en su oscuro agujero, los más placenteros rostros, los pechos que respiran con más placer, los corazones más apasionados, para dar el asalto de muerte, y cantar despues su triunfo con el pié sobre vuestra cabeza, y la bandera de la discordia en la mano.

Porque la falsedad se carcome de envidia, de celos y desesperacion con el placer ajeno, y si no encontrase presa á quien devorar se devoraria á sí misma.

Guardaos de ella, sabiendo elegir amigas, con ese escrutinio certero que debe tener toda mujer, cuando se trata de un paso de graves consecuencias.

En un minuto haceis amigas que os suelen dar un siglo de tormento.

Sin cuidaros de sus antecedentes, de su educacion, de sus acciones, la estrechais en vuestros bra-

zos, os acompañais con ella, la dais un lugar en vuestra casa, y mañana, cuando sabeis que está señalada su frente con algun borron funesto, llorais vuestro error y la quereis desechar. Ella se vé despreciada, y procura que vuestra pureza se enturbie á los ojos del mundo, y que vuestro honor baje con el suyo al insondable abismo que tiene por guarida.

Esto hace la mujer falsa; pero, ¿son menos graves las faltas que comete un hombre que lo es?

Parece que no debian vestir esta túnica de miseria los dotados por Dios de fuerza y libertad, de firmeza y valentía, de arrogancia y fueros; y, sin embargo, tambien hay entre ellos almas corrompidas, que emprenden ese comercio deshonesto y venden los afectos humanos con estoicismo cruel.

Estos son aun peores, porque de ellos no se duda como de la mujer. Su lenguaje parece siempre verídico, su actitud imponente, sus juicios ciertos, sus razones firmes.

No se concibe que mienta con el aplomó de la verdad, ni que nos escarnezca y burle, mientras campea en su semblante la más entera satisfaccion.

¡Pobre de la mujer que se le aproxime! ¡Infeliz la que escuche sus palabras! Ellas serán un filtro ponzoñoso que gota á gota destile en su espíritu para adormecerlo y destruirlo.

Una bebida nefanda, que cual el veneno de los Bórgias se ofrezca por una blanca mano y una hermosa figura que os atrae y os alucina.

Con la mujer falsa os quedaba el recurso de que Dios comprendiese vuestra inocencia. Si el mundo os hacia culpable, ese Ser Supremo sabia que no lo erais; pero el hombre que abriga ese sentimiento impuro desflora las más castas ideas, y convierte en realidad lo que al principio forjó como mentira odiosa: os hace pecadora al fin.

Procura hundiros para que no os levanteis jamás.

Procura inspiraros el sentimiento del amor mas bien que el de la amistad; porque así le es más fácil engañaros y venderos.

¿Qué mujer no cree al hombre que la llama hermosa y la jura que la adora con ardiente amor?

¿Quién no cree en los juramentos del noble caballero que, lleno de elegancia y majestad, protesta y afirma de los puros sentimientos de su corazón?

Creer que miente el que así disimula, sería tener un alma depravada como él.

Estar eternamente en guardia de las palabras y las acciones de los demás, demostraría un corazón gastado, y un carácter reservado y desconfiado á la vez.

Además que un alma sincera, no siendo capaz de la mentira, tampoco cree que mientan los demás.

¡Dichoso velo de la inocencia!... ¡Qué lástima que el mundo se encargue de destruirle!

¡Qué lástima que sea necesario fotografiar los tipos repugnantes para que huyan de ellos los que no los soñaban siquiera!

Los que escribimos tenemos la misión de estudiar los corazones, desentrañar los defectos, ponerlos de relieve, y hacer que se libren de ellos los des-cuidados y los ignorantes.

Por eso os aconsejamos, inocentes niñas, cándidas mujeres, que huyais de la falsedad como podríais hacerlo de un edificio que fuese á desplomarse sobre vosotras.

Este os enterraría entre sus ruinas, y solo despertaría tristeza y compasión.

Pero la falsedad os arroja en un cieno tan pernicioso que, por más que laveis vuestras vestiduras, quedan siempre indelebles manchas que no se borran jamás.

ROGELIA LEON.

EL CURSO DEL SOL.

Apenas aparece en el Oriente
El astro refulgente,
Altivo rey de la natura bella,
Cuando la mente mía
Por la azulada vía
Lánzase en pos de su argentada huella.

Cuando miro sus alas estendiendo
La inmensidad hendiendo
De la etérea region del firmamento,
Va con respeto mudo,
A darle su saludo,
Mi absorto y asombrado pensamiento.

Y cuando lanza vivida su lumbré
Del Sudoeste en la cumbre
En el calor del ardoroso estío,
Mi ronca cantinela,

Dirijole con pena,
Al grato son del murmurar del río.

Más tarde siento vívidos sus rayos
Que en lánguidos desmayos
Vienen á herir con pálidos fulgores
La profunda mirada
Que fijó enajenada
En sus rojos y ardientes resplandores.

Cuando su disco en el Ócasi miro,
Tristísimo suspiro
El pecho exhaló con amargo llanto,
Porque la noche oscura
Estiende en la natura
Su vaporoso y enlutado manto.

Adios, ¡oh Sol! tu luminosa frente
Se oculta en Occidente
Entre nubes flotantes de oro y grana;
Yo quedo silenciosa
Aguardando anhelosa
La hermosa luz que nos darás mañana.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

LA FAMILIA.

II.

Si la sociedad pública fuera susceptible de adquirir los grados de perfectibilidad de la sociedad doméstica, no vacilaríamos en aplaudir la epopeya que nos vienen cantando hace muchos años los trovadores de una filosofía bastarda; pero si la sociedad pública no es la familia, rigurosamente hablando, en cambio puede tomarla por tipo y acabado modelo, de tal manera, que tanto cuanto más se le aproxime, tanto más se le parecerá, puesto que toda derivación ha de seguir las leyes de sus principios constitutivos. Y para que en una nación bien ordenada se realice la obra fecunda del progreso, necesita copiar en lo posible las leyes de la vida doméstica, porque dependiendo de esta la generación de la vida pública, es á la vez su tradición, y no habría organización social completa, sin que la familia alcanzara un estado de perfeccionamiento grandemente sublime.

Si todos los sistemas de la filosofía han desnaturalizado la razón, hasta el punto de convertirla en furia dispuesta á perpetrar bárbaros crímenes, es la verdad que no han podido hacer nada en contra de esa divina institucion del mundo civilizado, bajo cuya sombra protectora subsiste incólume el árbol vivo de la humanidad: árbol cuyas ramas han podido torcerse en el curso de las edades y de los tiempos, pero cuyas raíces se estienden vigorosas y lozanas por el campo social, prometiendo alcanzar larga vida en el presente y en el porvenir. La obra de la civilizacion no es de un día, de un año, ni de un siglo: es la obra de los tiempos, que se pierde en el pasado, y se completará en lo infinito; y nunca hubiéramos conocido sus raras magnificencias, si no hubiera estado garantizada por esa institucion santa y veneranda que ha levantado el espíritu cristiano.

En efecto, la familia se asocia al estado para formar nacionalidades: el hombre en ella, lejos de ser un obrero aislado, coopera con sus fuerzas á la accion de los poderes que realizan el progreso: el germen de la perfectibilidad que se asocia á su vida, lejos de concretarse se dilata, salva el muro del hogar, cae en la vida pública, y aumenta con sus frutos las escelencias del progreso en todos sus órdenes. La ola de la vida doméstica engrandece el río social, y he aquí el resorte de esa prodigiosa armonía que liga la familia al estado, la sociedad principio á la sociedad pública, el hombre á la patria.

La civilizacion ha de empezar por la familia, ha de radicar en la familia y ha de trasmitirse por la familia, que es el átomo integrante de la sociedad del Estado: los esfuerzos de los poderes legislativos serán estériles siempre, si no conocen esta verdad, si no la sustentan, si no la robustecen con fecundas disposiciones.

La accion del Estado en lo que atañe á la perfectibilidad de la familia rara vez pasa de un círculo muy reducido, por más que en él se halle elevado á grande altura el derecho público: el hogar está protegido por las leyes de la patria, y nada más: lo que no admite duda es que el legislador tiene el deber de velar por su seguridad y engrandecimiento si aspira á derramar la armonía en sus obras. Así, las leyes mejores ó peores del Estado no suponen la verdad de la perfeccion en la sociedad civil: su accion se limita puramente á proporcionarle un influjo soberano, mientras que la perfeccion de la familia supone en mucho la grandeza y progreso del Estado.

El prodigio se realiza en el hogar doméstico, ese caro rincón de tierra donde nuestra cuna se rodea de las formas más hermosas, y donde el pasado, lo presente y lo porvenir tienen sonidos blandos y placenteros que hieren las fibras del corazón.

En esa mansion de las gracias, protegida por el ángel de la pureza, la planta viva de las generaciones retoña al soplo del amor honesto, y produce en su riente primavera esas flores de la sangre humana, que se llaman los hijos, serafines de este mundo para quienes el corazón guarda inmensos tesoros de ternura. Allí se encuentra todo: en seis piés de tierra todas las venturas, todas las glorias, el cielo de la vida humana. Allí todos se necesitan, todos se aman: allí, en fin, todo es comun, todo realiza en silencio una armonía encantadora. De donde se deduce que, así como la trinidad de seres ó de elementos que componen la familia llevan en su corazón los gérmenes de la felicidad y de la dicha, deben llevar también los de su perfeccionamiento en la vida moral, que es lo que se apellida *educacion*.

(Se continuará.)

LEANDRO A. HERRERO.

UN NIÑO.

«Sabeis vosotros que yo tenia

Un tierno niño:

Ya no le tengo; dejóme sola;

Buscadle, amigos.

Era mi encanto, mi bien, mi dicha;

Por el camino

Que de la tierra conduce al cielo

Se me ha perdido.

Junto á mi seno, en mi regazo

Ya no le miro;

Ya sus caricias no corresponden

Á mi cariño.

Ya no hago trenzas con sus cabellos,

Ya no hago rizos,

Ya no palpitan sus dulces lábios

Entre los míos.

Ya mis pesares en su mirada

No hallan alivio,

Y sólo el llanto contesta al eco

De mis suspiros.

Fijo en su lecho, los turbios ojos,

¡Está vacío!

Llena de espanto miro á mi alma,

¡Está lo mismo!

Paz de mi vida, sol de mis penas,

¿Dónde te has ido?

Ya no le tengo; dejóme sola;

Buscadle, amigos.

Era mi encanto, mi bien, mi dicha,

Por el camino

Que de la tierra conduce al cielo

Se me ha perdido.»

Así gimiendo se lamentaba

La pobre madre,

Y enternecido por sus dolores,

La dijo un ángel:

«Enjuga el llanto que te devora,

Cesa en tu duelo,

Que Dios no quiere que tanto dure

Tu sufrimiento.

Alza los ojos, allá en la altura

Brilla un lucero;

¿Le ves? parece que se sonríe

Cual niño tierno.

Entre los rayos de su mirada

Te manda un beso:

No llores, madre: ese es tu niño,

Que está en el cielo.»

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

GALERÍA DE ARTISTAS CÉLEBRES.

I.

PHIDIAS.

Este célebre artista nació en Atenas por el año 3530 de la creación del mundo.

Dedicado al estudio de la escultura, consiguió, merced á su poderoso genio y á una constancia sin igual, hacer, muy joven aún, obras que fueron verdaderas maravillas del arte.

Conocido por este motivo ventajosamente, sus conciudadanos le encargan una estatua de Minerva, al mismo tiempo que hacían la propia demanda á Alcámene, célebre escultor.

Estas dos estatuas, terminadas que fuesen, se-

rían sometidas á la apreciación de jueces competentes, y la más bella, la de más mérito, debía ser colocada sobre una soberbia columna que la ciudad pensaba erigir.

Una magnífica recompensa ofrecida al vencedor, excitó más y más la emulación de aquellos dos artistas, sedientos de honores y de gloria.

Las estatuas se empiezan, pues, bajo el sentimiento de la competencia, ese aguijón que estimula al genio, y los dos competidores, atentos solo á asegurar su triunfo, emplean en sus obras todos los recursos de su ingenio.

El día del concurso llega y las dos estatuas son conducidas, cubiertas cuidadosamente, á la plaza pública.

Allí se encuentran los jueces, y allí se agolpa y arremolina una multitud inmensa, ansiosa de saludar con sus aclamaciones al vencedor.

El velo que cubría la Minerva de Alcámene es levantado; un grito de admiración, de sorpresa, sale de todas las bocas; jamás habían visto una cosa más bella, más pura, más delicada, que esta estatua.

Alcámene dirige entonces una mirada de triunfo á Phidias, y este, con una calma inalterable, como si no llegasen á sus oídos los aplausos que el público tributa á su rival, descubre su obra.

Al verla, sordos murmullos agitan la multitud, que espera más que aquello del talento del artista; su Minerva no parece á todos más que un descuidado boceto; y los atenienses, creyendo ver en esta negligencia del escultor una muestra de desprecio, convierten sus murmullos en una gritería atronadora de desaprobación.

Los partidarios de Phidias enmudecen, y los de Alcámene, sin tener ya quien se les oponga, dan rienda suelta á su alegría.

Los jueces reclaman el silencio, y después de un nuevo exámen, y de una corta conferencia, felicitan á Alcámene y encargan á Phidias que trabaje en lo sucesivo con más cuidado y más paciencia.

La multitud demuestra con sus aplausos que la opinión de los examinadores es justa, y Alcámene, embriagado de júbilo, se aproxima á recibir el premio destinado. Entonces Phidias, dejando á un lado la tristeza y la confusión que se apoderarán de su alma, se acerca á la tribuna reservada al jurado y pide permiso para esponder una sola consideración á la conciencia de los ilustres miembros que le componen.

—¿No es, esclama Phidias, encima de una columna donde debe colocarse la estatua preferida?

—Sin duda, le contestaron.

—Entonces, antes de emitir juicio alguno, yo os ruego que veais el efecto producido á esa altura por una y otra de las dos estatuas.

Lo justo de esta reflexion convence á todo el mundo: las máquinas destinadas á elevar la Minerva sobre su pedestal se aprestan, y la prueba se ejecuta al momento. La estatua de Alcamene vista á aquella altura pierde todo su mérito, pues su perfeccion y sus detalles admirables desaparecen, en tanto que la de Phidias, que desagradaba de cerca por lo descuidado de sus contornos, toma desde aquella distancia un carácter tal de majestad y de grandeza, que pasma á los espectadores.

Ninguna comparacion posible coge entre las dos obras; y Phidias es proclamado vencedor con un entusiasmo tanto más inmenso, cuanto con él quieren borrar el recuerdo de su involuntaria injusticia.

Desde entonces este célebre escultor no tuvo rival, y no se ha conocido un genio más fecundo, un cincel más hábil y un conocimiento más profundo de todo lo que á su arte era referente.

Poco despues la guerra estalla entre los griegos y los persas, y estos, fiados en la superioridad de sus fuerzas, esperan rendir pronto á sus enemigos, que tienen, segun ellos dicen, la audacia de quererse defender.

En esta seguridad, antes de la batalla de Maraton, preparan un gran trozo de mármol, con el cual piensan hacer un monumento que perpetúe la memoria de su triunfo.

Pero ellos habian contado sin el coraje de sus enemigos, sin el amor á la patria, que inunda de santo heroismo los más débiles corazones; así es que fueron completamente batidos, y el mármol que ellos destinaban para su monumento de gloria, cae en poder de los atenienses, que le conducen á su ciudad y se le entregan á Phidias para que le dé aplicacion.

El artista les ejecuta en él una Némesis, diosa de la venganza, y su trabajo, admirado tanto como su ingeniosa idea, hacen que la obra sea conservada como un recuerdo el más querido y el más glorioso.

Encárganle despues para el Partenon, templo famoso dedicado á Minerva, la estatua colosal de esta divinidad.

El escultor se supera á sí mismo en la ejecucion de esta obra y hace una diosa de veintiseis codos de alta, tan admirablemente bella, que de todas partes acuden á admirarla, y Phidias, colmado de riquezas y honores, es el objeto de la admiracion de sus compatriotas.

Pero los atenienses pasaban con razon por el pueblo más inconstante del mundo, ellos se olvidan pronto de aquellos á quienes deben su gloria, así que envidiosos del gran nombre de Phidias, y celosos de su superioridad, le suscitan mil disgustos, le fatigan con sus exigencias, y le irritan con sus injusticias.

Una idea de venganza asalta entonces el corazon de Phidias, pero una venganza de artista: no considera á los atenienses dignos de poseer su estatua del Partenon, la obra mejor y más rica de escultura de toda la Grecia, y piensa en destruirla, prometiéndose dotar á cualquier otra ciudad de una creacion más maravillosa todavia.

Llevado á cabo este pensamiento, parte á reconocer la Grecia, y recibido con gran distincion por los helenos, que conocen su raro mérito, se compromete á adornarlos cualquier templo de la ciudad con objeto de dejarles un recuerdo de su estancia en ella.

En seguida fué puesto á su disposicion todo lo que pide, sin que nadie le pregunte qué se propone hacer.

Esta confianza en su talento, le obliga más, y ansiando solo corresponder al cariño que en aquella ciudad le demuestran, emprende con entusiasmo su estatua de Júpiter Olímpico.

La Minerva del Partenon fué olvidada, ó cuando menos no ocupó más que el segundo rango entre las prodigiosas concepciones de la escultura, pero el Júpiter Olímpico llamó la admiracion pública de tal manera, que fué considerado como la sétima maravilla del mundo.

En vista de esta obra, esfuerzo el más gigante del arte, los atenienses se arrepienten de su ingratitud y quieren que Phidias haga para ellos alguna cosa de tanto mérito, empleando para ver si lo conseguian las súplicas y las lisonjas; pero el escultor, seguro de no poderse ya esceder, arroja su cincel para siempre.

El nombre de Phidias es, en efecto, como escultor, uno de los más distinguidos, no solo en Grecia, sino en el universo. Es el primero que supo estudiar la naturaleza y reproducirla con toda su gracia,

toda su belleza; y cuando se proponía representar la Divinidad, imprimía en sus obras tal grado de grandeza, de majestad y de poder, que, según la expresión de un antiguo escritor, no parecía sino que su cincel era conducido por los mismos dioses.

(Traducido del francés.)

JULIAN CASTELLANOS.

EN EL ALBUM DE ANGELA.

Angel que alumbra mi vida,
Nueva luz de bienandanza,
Grata ilusión bendecida,
En que va acaso escondida
La aurora de mi esperanza;

Alma que siempre ha sentido
Su pecho alegre latir,
Astro en el mundo caído,
Niña en la cual ha tendido
Sus alas el porvenir;

Tú, que pura y sin enojos
Conviertes con tus miradas
En rosas ¡ay! los abrojos;
Tú, que abrasas con los ojos
Las almas enamoradas;

Blanca, inocente paloma,
Que á Dios remonta su vuelo;
Flor, que nacida en el suelo,
Embalsama con su aroma
Los ámbitos hasta el ciclo;

Virgen de paz y de encanto,
Que vierte su amor profundo
Sobre las huellas del llanto;
Tú, que atraviesas el mundo
De la virtud bajo el manto;

Nave de encantada vela,
Que los mares va surcando
Como pájaro que vuela,
Continuo detrás dejando
Hermosa y fúlgida estela;

Sol, cuya frente serena
Navega en olas de plata,
Encantadora sirena,
Cuya dulce cantinela
El corazón arrebató;

Tú, deslumbrante violeta,
Que en sus pensiles risueños
El mundo besa y respeta,
Divina como los sueños
Del inspirado poeta;

Tú, que vives sin dolores
Y siempre en eterna calma,
Al ver marchitar mis flores
Da al olvido mis amores,
Pero bendice mi alma.

A. ALCALDE VALLADARES.

EL PEQUEÑO NARCISO.

CUENTO AMERICANO.

Narciso era llamado así, porque desde que nació se asemejaba á esa flor: no le gustaba hacer más que lo que le agradaba, y no tenía afición al trabajo. Cuando Narciso era todavía niño, su madre le separó del hogar paterno, y confió su educación á un maestro de escuela muy severo, conocido con el nombre del Sr. Trabajo: los que tenían relaciones con él y sabían cuál era su carácter, aseguraban que el Sr. Trabajo era un digno y escelente personaje, que había hecho más bien á los niños y aun á los hombres que ningún otro en el mundo. Y efectivamente, no le había faltado tiempo para emplearse en el bien, porque si hemos de creer á él, *se dice, se halla en la tierra desde el día en que nuestro padre Adán fué arrojado del Paraíso.*

Sin embargo, el semblante del Sr. Trabajo era feo y severo, especialmente para los niños y los hombres inclinados á la ociosidad: su voz áspera, y todas sus maneras y costumbres, parecían muy desagradables á nuestro amiguito Narciso. El terrible maestro de escuela estaba todo el día sentado á su pupitre vigilando á sus discípulos, y algunos ratos se paseaba por el salón destinado al estudio con una vara en la mano: unas veces daba un golpe en la espalda al niño que sorprendía jugando, y otras castigaba á

toda una clase que no había sabido la lección: en una palabra, á no tener constantemente fija la vista en el libro, ningun niño podía disfrutar un momento de tranquilidad en la escuela del Sr. Trabajo.

—Jamás podré acostumbrarme á esto, dijo para sí Narciso.

Hasta aquel día había trascurrido su vida al lado de su madre, que tenía una cara mucho más dulce que la del viejo Sr. Trabajo, y que siempre había sido cariñosa é indulgente para con su hijo. Así, pues, no es extraño que al pobre Narciso le pareciese muy triste al mudar de suerte, y el verse separado de la amable y bondadosa señora, para ser entregado á aquel repugnante maestro que jamás le daba manzanas ni pastelillos, y que sin duda creía que los muchachos solo habían nacido para aprender la lección.

—Me es imposible permanecer aquí por más tiempo, dijo Narciso, despues de pasar cerca de una semana en la escuela: me pondré en salvo, y procuraré buscar á mi buena madre; de todos modos, no puedo encontrar á nadie que sea ni aún la mitad de insoportable que el Sr. Trabajo.....

Al día siguiente, por la mañana, el pobre Narciso emprendió la fuga, y comenzó su peregrinación por el mundo, sin más recursos que un poco de pan y queso para almorzar, y unas cuantas monedas para sus gastos. No había andado mucho, cuando alcanzó á un hombre de aspecto grave y tranquilo, que caminaba en la misma direccion con moderado paso.

—Buenos días, hijo mío, le dijo el desconocido con voz que, aunque al parecer dura y severa, no carecía, sin embargo, de cierta benevolencia: ¿de dónde vienes tan temprano, y á dónde te diriges?

Narciso era un niño muy franco, que no había mentido en toda su vida; de modo que tampoco mintió en aquella circunstancia. Vaciló un instante, más concluyó por confesar que se había escapado de la escuela por la mucha aversion que le inspiraba el Sr. Trabajo, y que estaba resuelto á buscar en el mundo algun sitio en donde no viese ni oyese jamás al viejo dómíne.

—Muy bien, amiguito, le contestó el caminante: viajaremos juntos, porque yo tambien he tenido que habérmelas con el Sr. Trabajo, y tendria una satisfacción en hallar algun paraje en donde no hayan oido hablar de él.

Nuestro amigo Narciso hubiera preferido un compañero de su edad con quien poder recoger flores á

orillas del camino, correr detrás de las mariposas, ó ejecutar otras muchas cosas que le hiciesen agradable el viaje. Pero tenía demasiada prudencia para comprender que le seria más fácil recorrer el mundo con un hombre de esperiencia que le enseñase el camino; aceptó, pues, la proposición del extranjero, y ambos prosiguieron su marcha como buenos amigos.

No tardaron mucho en pasar por junto á un prado en donde unos segadores estaban cortando yerba y esparciéndola por el suelo para que se secase. Narciso respiró con delicia el olor de la yerba recién segada, y pensó que debía ser mucho más divertido secar heno al sol, bajo un cielo azulado, cerca de los árboles y zarzales en donde los pajarillos gorgearan suavemente, que estar encerrado en una sala triste y oscura, aprendiéndose la lección todo el día, y reprendido continuamente por el viejo Sr. Trabajo. Pero en medio de aquellos pensamientos, y mientras se había detenido para mirar por encima de la pared, retrocedió de repente, y se asió de la mano de su compañero.

—¡Pronto, pronto, salvémonos, ó nos atrapan!....

—¿Quién? le preguntó el desconocido.

—El Sr. Trabajo, el viejo maestro de escuela, contestó Narciso; ¿no le veis en medio de esos segadores?

Y señalaba con el dedo á un hombre de cierta edad, que parecia el propietario del prado, y el amo de los que recogian el heno. Se había quitado la chaqueta y el chaleco, y trabajaba con ahinco en mangas de camisa: corria el sudor por su frente y mejillas, pero no descansaba un momento, y no cesaba de repetir á sus criados que se diesen prisa mientras duraba el sol. Pues bien; ¡cosa extraña!.... las facciones de aquel Labrador eran exactamente las mismas que las del viejo Sr. Trabajo, que en aquella misma hora debía entrar en la sala de estudio.

—No temas; ese no es el maestro de escuela, sino un hermano suyo que se dedica á la agricultura, y que, según dicen, es el más insoportable de los dos: con todo, si no entras á servirle en su granja, te dejará en paz.

Narciso creyó en las palabras de su conductor, pero no se tranquilizó completamente hasta que no perdieron de vista al viejo Labrador, que tanto se asemejaba al Sr. Trabajo. Los dos viajeros llegaron bien pronto á un sitio en donde unos carpinteros estaban arreglando las obras de su oficio para una

casa que todavía no se había concluido de construir. Narciso rogó á su compañero se detuviesen un instante, porque le gustaba ver con qué destreza desempeñaban su tarea y manejaban las hachas, sierras, escoplos, cepillos y martillos, y con qué habilidad colocaban las puertas, las ventanas y sus bastidores, y no pudo menos de ocurrirle la idea de que tomaría también con gusto el hacha, la sierra, cepillo, escoplo y martillo para hacerse una casita; porque cuando tuviese una casa suya, el Sr. Trabajo no se atrevería á ir á atormentarle en ella.

Maş precisamente en el momento en que aquella idea le hacia sonreír, nuestro pequeño Narciso descubrió algo que le llenó de terror y le hizo apoderarse con viveza de la mano de su compañero.

—¡Despachémonos!.... ¡pronto!.... ¡pronto!.... gritó; héle ahí otra vez.

—¿Quién? preguntó sosegadamente el desconocido.

—El viejo Sr. Trabajo, respondió Narciso temblando; aquel que está allí vigilando á los obreros, es mi viejo maestro de escuela; estoy tan seguro de ello como de que ahora vivo.

El viajero volvió la vista hácia el sitio que le indicaba Narciso, y divisó á un hombre de alguna edad que tenía en la mano una regla y un compás. Aquel individuo recorría el incompleto edificio, midiendo las maderas, esplicando lo que se debía hacer y exhortando continuamente á los demás que no perdiesen tiempo. Y en donde quiera que presentaba su rostro endurecido y lleno de arrugas, los obreros comprendían que tenían un amo, y aserraban y golpeaban con los martillos, como si de aquellas operaciones dependiese su existencia.

—No, no está ahí el Sr. Trabajo, el maestro de escuela; es otro de sus hermanos que ha seguido el oficio de carpintero.

—Creo lo que me decís, respondió Narciso; pero, si no teneis inconveniente, me alegraría dejar cuanto antes este camino.

Continuaron su marcha, y oyeron el ruido de un tambor. Narciso aplicó el oído, y suplicó á su compañero acelerase el paso para ver los soldados; hicieronlo así, y vieron una compañía de infantería con uniforme de colores muy vivos, hermosos plumeros en los chacós, y fusiles muy relucientes. Delante marchaban dos tambores tocando con tal fuerza y marcialidad, que Narciso los hubiera seguido con gusto hasta el cabo del mundo.

—Si yo fuese soldado, decía entre sí, el viejo señor Trabajo no se atrevería á mirarme de frente.

—¡Paso redoblado!.... ¡marchen!...., gritó una voz fuerte y gruesa.

Narciso se estremeció, porque la voz que hablaba á los soldados tenía precisamente el mismo sonido que la del Sr. Trabajo, que conocía muy bien por haberla oído todos los días en la escuela; cuando fijó sus ojos en el capitán de la compañía, vió el verdadero retrato del Sr. Trabajo, con un hermoso chacó y plumero en la cabeza, dos charreteras de oro en los hombros, un uniforme con galones, un cinturón encarnado y en la mano una larga espada en lugar de vara. Y aunque llevaba la cabeza erguida y se movía tan envanecido como un pavo real, le parecía tan feo y tan insoportable, como cuando le mandaba decir la lección en su escuela.

—Ved ahí, seguramente, al viejo Sr. Trabajo, dijo Narciso con voz temblorosa; huyamos, no sea que nos aliste en su compañía.

—Te vuelves á engañar, amiguito, le replicó su compañero con la mayor calma. No es el Sr. Trabajo el maestro de escuela, sino uno de sus hermanos, que siempre ha estado en el servicio militar. Según dicen, es sumamente severo, pero nada tienes que temer de él.

—Tanto mejor, le contestó Narciso; con todo, si no os causa molestia, por mi parte no deseo el ver más á los soldados.

El niño y el desconocido volvieron á emprender su viaje, y llegaron á una casa situada á la orilla misma del camino donde se divertía una reunión numerosa. Jóvenes de ambos sexos, las unas con rosadas mejillas y los otros con la sonrisa en los labios, bailaban al sonido de un violín. Aquel espectáculo era el más agradable que hasta entonces se había presentado á la vista de Narciso, y le consoló de todos sus disgustos.

—Detengámonos aquí, dijo, porque el Sr. Trabajo jamás se atreverá á presentarse delante de un músico que toca el violín, y de unas gentes que bailan y se divierten.... ¿Estaremos seguros aquí?

Pero estas últimas palabras espiraron en los labios de Narciso, que habiendo por casualidad dirigido sus miradas al músico, volvió á ver la imagen del Sr. Trabajo, con un arco en vez de vara, y manejándole con tanta destreza y facilidad como si no hubiese hecho otra cosa en su vida más que tocar el violín. Aunque su aire era un poco francés, se pa-

recia, no obstante, de tal modo al maestro de escuela, que Narciso no dudó fuese él mismo, y hasta se le figuró que le hacia señas con la cabeza y los ojos, invitándole á que tomase parte en el baile.

—¡Dios mío! murmuró palideciendo. Diríase que solo se halla en el mundo el Sr. Trabajo; ¿quién habría jamás imaginado que tocara el violín?

—No es tu maestro de escuela, le dijo su compañero de viaje, sino otro de sus hermanos que ha sido educado en Francia, en donde ha aprendido á tocar ese instrumento. No quiere por vergüenza que se sepa á qué familia pertenece, y se hace llamar generalmente el Sr. *Placer*, pero su verdadero nombre es *Trabajo*, y los que le conocen á fondo le encuentran todavía más desagradable que á sus hermanos.

—Os suplico que nos vayamos un poco más lejos, dijo Narciso; no me gusta la cara de ese músico.

El extranjero y Narciso prosiguieron, pues, su viaje por la carretera, y atravesaron frondosas alamedas y risueños pueblecillos; más por todas partes se veía la imagen del Sr. Trabajo; encontrábanle como un espantajo en los sembrados. Si entraban en alguna casa, estaba sentado en la sala; y si dirigían una mirada á la cocina, también se hallaba allí; en cada choza estaba como en su casa, y siempre tenía algún disfraz para introducirse en las más espléndidas habitaciones. Por donde quiera, Narciso veía alguno que se parecía á él, y que, según decía su compañero, era uno de los innumerables hermanos del maestro de escuela.

Narciso se hallaba debilitado por el cansancio, cuando vió varias personas tendidas á la sombra, á un lado del camino; el pobre niño rogó á su guía que se detuviese para reposar algunos instantes.

—El viejo Sr. Trabajo jamás vendrá aquí, dijo, porque detesta el ver descansar á las gentes.

Al decir esto Narciso, miró al que parecía más indolente, más pesado y más apático de todos aquellos hombres perezosos que se habían tendido á la sombra para dormir. ¿Y quién pensáis que era? el retrato del Sr. Trabajo.

—Es una familia muy numerosa la de ese maestro, observó el viajero; porque ahí veo otro de sus hermanos que ha estado en Italia, en donde ha contraído hábitos de ociosidad, y ha traído el nombre del Sr. *Far-Niente*; pretende que vive con comodidad y desahogo; pero indudablemente es el más miserable de la familia.

—¡Ah!.... llevadme otra vez, llevadme, exclamó el pobre Narciso, prorumpiendo en amargo llanto; si en el mundo no hay más que Trabajo, lo mejor será volverme á mi escuela....

—¡Héla ahí! ¡héla ahí! le dijo el extranjero, porque aunque habían caminado mucho, habían andado describiendo un círculo en vez de dirigirse en línea recta. Vamos, regresaremos juntos á la escuela.

Había en la voz del desconocido algo que Narciso recordó en aquel momento, y que era muy extraño no se acordase antes. Levantó, pues, los ojos, y vió.... las facciones del Sr. Trabajo; por manera que el pobre niño que había hecho todos los esfuerzos de que era capaz por huir del Sr. Trabajo, había estado todo el día con él.

Ciertas personas á quienes he referido la anécdota de Narciso, han creído que el viejo Sr. Trabajo era un mágico que tenía la facultad de multiplicarse y de revestirse de cuantas formas le conviniesen. Sea como quiera, Narciso aprendió una buena lección, y desde aquel día fué muy aplicado, porque sabía que la asiduidad en el trabajo no es más fatigosa que el juego ó la ociosidad. Y cuando hubo contraído una intimidad con el Sr. Trabajo, comenzó á comprender que sus maneras no eran tan desagradables, y que la sonrisa del viejo maestro de escuela hacia su semblante casi tan dulce como el de su querida madre.

(Del Monitor.)

HISTORIA NATURAL.

UN NUEVO ROEDOR.—EL LEMMING.

El Dr. Guyon, corresponsal de la Academia de Ciencias de París, ha comunicado á esta sabia corporación observaciones interesantes acerca del *Lemming* (*mus lemmus*), roedor casi desconocido por nuestros naturalistas, y del que ha traído de la Noruega un individuo, donde este animal vive en cuadrillas.

El lemming tiene el tamaño de una rata, el pelo amarillo, con el hocico negro, y casi presenta el aspecto de un cerdo de Indias. El que Mr. Guyon ha mostrado á la Academia, en un cajón y acurrucado debajo de la paja, era un animal pequeño, bonito, y

que escitó la admiración general. Nunca se había visto en Francia un lemming vivo.

Este habitador de las montañas escandinavas es notable por sus emigraciones, que tienen lugar, no periódicamente, sino por accesos espontáneos, como las de la langosta viajera. Del mismo modo que este insecto, el lemming ejecuta considerables estragos sobre todos los puntos por donde pasa; pero únicamente de noche, mientras que la langosta lleva á cabo á la luz del día su obra de destrucción.

El lemming se alimenta con musgos y con líquenes, duerme de día, y se despierta al llegar la noche. «Entonces, dice Mr. Guyon, despliega una actividad que domina todo su ser; se mueve en cierta manera en todos sentidos á la vez, destrozando, royendo y murmurando.»

A pesar de ser muy pequeño el lemming, no le falta ni fuerza ni valor. Cuando va perseguido, se detiene para defenderse con sus garras y con sus agudos dientes, cuya mordedura es profunda, si no venenosa, según lo creen los noruegos. Cuando es atacado da penetrantes aullidos, capaces de alarmar á los que quieren cogerlo. La gente del país dice que si se irrita demasiado á este pequeño animal, llegará á tan violento grado de cólera, que puede morir del arrebato, en lo cual se asemejaría á los gorillas jóvenes, grandes monos del África Ecuatorial.

Hace algunos años parecía que el lemming se retiraba de Noruega, mas en la primavera de 1863 se propagó nuevamente por el país, siguiendo las márgenes de los ríos y de los lagos. Á principios de julio veíanse todavía en Lillchamar á los lemmings correr por los jardines, por las casas y por en medio de las calles.

Á fin de explicar las emigraciones del lemming, se ha supuesto que tiene el presentimiento de los inviernos rigurosos; pero, sin embargo, se le ve emigrar también en la primavera. Se ha alegado, además, la escasez de musgos y de líquenes habida accidentalmente en las montañas, la cual, privando de su alimento á estos animales, los obligaba á mudar de clima. Pero Mr. Guyon cree que es meramente su excesiva multiplicación la que de vez en cuando obliga á este animal á emigrar.

Mr. Guyon había reunido cinco lemmings vivos para trasladarlos á Francia, pero tres murieron antes de salir de Noruega. Los otros dos, embarcados en el mar del Norte, sobrellevaron muy bien el viaje, que

duró quince días. Habiendo llegado al Havre, roían el bizbocho como si nunca hubiesen comido otra cosa. Dábanles también nueces, avellanas, almendras, y de vez en cuando los regalaban con algunas frutas. En un principio todo iba muy bien en París, cuando cierto día se halló muerto en su cajón á uno de los pequeños viajeros. El otro, sin embargo de la apariencia de buena salud, sufrirá quizá muy pronto la misma suerte; por cuyo motivo Mr. Guyon se ha dado prisa para manifestar á la Academia este pequeño y último de los Mohicanos, que si hablase latín, hubiera podido decir al sábio Areópago: *Mortuus te salutat.*

ESPLICACION DE LA PLANCHA DE CONFECCIONES.

GABANES Y SOBRETODOS DE PRIMAVERA.

Núm. 1. *El elegante* de seda negro con puntas redondas, adornado con pasamanería formando bellotas alrededor, y con cordones en los hombros.

Núm. 2. *Polonesa de seda negra*; queda ajustada con el cinturón, y solo tiene una hombrera de cordones al lado izquierdo que se reúne para abrochar con botones cuadrados.

Núm. 3. *Capricho* de seda negro con hombreras de pasamanería y adornos de guipur del talle abajo.

Núm. 4. *El marqués* de paño gris perla con dos carreras de pespunte con galón de madroños encarnado, ó de otro color.

Núm. 5. *Tantoni*, gaban de seda para niña.

Núm. 6. *Mejicano* gaban encarnado con galón y botones negros para niño.

ADELAIDA MONTAGNOL.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.